

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID: un mes, 20
Provincias: trimestre adelantado, 20
Por conducto de los corresponsales, 20
ULTRAMAR Y EXTRANJERO: trimestre, 20
IDEM IDEM SEMESTRE, 120

Remitidos, anuncios y comunicados a precios convencionales, y con grandes ventajas para los suscriptores.

JUEVES 6 DE JUNIO DE 1872.

SECCION OFICIAL.

GACETA DEL DIA 5.

Por el ministerio de Gracia y Justicia se publican varios decretos, disponiendo cese en el despacho interino de la presidencia del Consejo de ministros D. Juan Bautista Topete, y disponiendo se encargue D. Francisco Serrano Domínguez.

Admitiendo la renuncia de D. Pedro Borrajo de la Bandera, presidente de Sala de la audiencia de Albaceta, y nombrando para esta plaza a D. Enrique García Asensio.

Jubilando a su instancia a D. Manuel Burgo y Bueno, fiscal cesante de la audiencia de Barcelona.

DOCUMENTOS PARLAMENTARIOS.

Discursos pronunciados por los Sres. Topete, duque de la Torre, Acuña, Ullas, López Domínguez y Sagasta, en la sesión del Congreso de los diputados, el día 3 de Junio de 1872, al discutirse el convenio de Amoreviti.

(Conclusion.)

Voy a hacerlo brevemente, por dos razones: la primera, porque entre otros talentos que me faltan, carezco del talento de la ampliación, y no sé extender mis ideas más allá de ciertos límites; la segunda, porque considero una falta de patriotismo prolongar más de lo necesario un debate para retardar otro que constituye una deuda de honor de los señores diputados y del Gobierno, como es el relativo a los presupuestos, a la cuestión financiera, que es para mí la *Delenda Carthago* de esta legislatura.

El Sr. Romero Giron ha hecho varios cargos al Gobierno, que pueden resumirse en dos: irregularidad de la discusión actual: examen y censura del documento de Amoreviti. Y cosa singular, señores! empezó el Sr. Romero Giron por atacar al Gobierno con intención nada benévola, porque días pasados no había podido formular su opinión; y después de las conferencias que el Gobierno ha tenido con el duque de la Torre, y después de las explicaciones que el señor duque acaba de dar, el Sr. Romero Giron concluye diciendo que no continuara este debate por falta de datos y conocimientos.

El Gobierno el día pasado no tenía datos bastantes para formular una opinión tan grave, puesto que se trataba de los actos del duque de la Torre, que es el hombre más importante que se mueve en el círculo de la política; y hoy tenemos datos y explicaciones suficientes para formular un juicio perfecto acerca de las causas que tuvo para llevar a cabo un hecho que creo patriótico; hoy tenemos datos bastantes para emitir una fórmula parlamentaria y patriótica a este juicio, aceptando toda la responsabilidad del hecho y pidiendo el veredicto de la Cámara.

Ha producido cierta hilaridad la circunstancia de que habiendo salido del cuartel general el documento el día 24, no haya llegado hasta hoy a manos del Gobierno, mientras que una copia que salió el 25 llegó al mismo día que las oposiciones quisieron hacer una cuestión de Gabinete del citado documento. Yo no sé lo que puedo explicar al señor Romero Giron; pero doy mi palabra de hombre honrado de que a manos del Gobierno no ha llegado esa comunicación hasta hoy por la mañana. ¿En qué consiste? No lo sé, pero el Gobierno debe tratar de averiguarlo, y lo hará.

Y qué importaba, dice el Sr. Romero Giron, que esa comunicación viniera o no, puesto que tenía ya el Gobierno un documento igual al que insertaron los periódicos? Contestaré a S. S. que a ese documento salido del cuartel general el día 24, podían acompañar explicaciones tales que el Gobierno pudiera ya formar una idea acabada del asunto. Además, si ese documento, aun sin aclaración ninguna, hubiera llegado aquí cuarenta y ocho horas antes de haberse hecho del dominio público, en esas cuarenta y ocho horas hubiera pedido el Gobierno explicaciones que le hubieran permitido, cuando fuera objeto de la pública censura, poner el correctivo correspondiente, y no dar lugar a ese aplazamiento que ha creído necesario para tratar este asunto con la madurez debida.

El Gobierno se vió con un texto conocido ya en Madrid; no tenía ante sí, además, vió que las oposiciones tenían la táctica de acusar por aquel documento, valiéndose de que era presidente electo del Consejo el señor duque de la Torre; y además de que el Gobierno tiene altos deberes que cumplir, y debe tener expedita su acción en los casos graves, no podía complacerse la cuestión del general en jefe con la cuestión que se debatía, porque las oposiciones no podían juzgar aquí al general en jefe. El Sr. Romero Giron sabe que los Cuerpos Colegisladores no juzgan más que al Gobierno; pero como el presidente del Gobierno era el general en jefe, las oposiciones juzgaban al general en jefe atacando al ministerio.

Por eso el ministerio dijo: «no entro en esta cuestión por falta de datos»; y entonces, queriendo salvar hasta la susceptibilidad más exquisita del general en jefe, añadió: «el Gobierno separa esta cuestión de la del ministerio, y como ministerio, nosotros no podemos aceptar la cuestión hoy; y la Cámara asínto, como no podía menos, a este aplazamiento. Han venido después las manifestaciones del duque de la Torre y los datos que necesitaba el Gobierno; y este viene ya no solo a decir que está dispuesto a entrar en el debate, sino a dar la única forma posible para que discutan los señores diputados; por eso desde este momento ya no está en juicio el duque de la Torre; de lo que se trata es de aprobar o desaprobar la conducta del Gobierno. Nada le importa al Sr. Romero Giron saber si el general en jefe obró con instrucciones o sin ellas; el ministerio ha asumido toda la responsabilidad que quepa en los actos del duque de la Torre; y tanto basta. Que el Sr. Romero Giron ha entrado en el análisis del documento, que es a lo que voy a contestar lo más brevemente posible.

S. S. ataca el indulto de que tratamos por anticonstitucional, y dice: «Si es indulto general, no debe darle el general en jefe, sino las Cortes, y aunque fuera indulto particular, tampoco podía darle el duque de la Torre». Pero, señores, ¿ha tenido en cuenta la Constitución para establecer preceptos sobre indultos, el caso de una guerra declarada? Voy a poner dos o tres ejemplos para probar que un general en jefe frente del enemigo no puede ni mucho menos restringir ni a la Constitución del Estado ni a las leyes de ella emanadas. No puede un general exigir casi a la fuerza 4 ó 6.000 raciones para sostener su ejército? ¿No puede, cuando entra en un pueblo combatiendo, penetrar a viva fuerza en las casas para coger los enemigos que le combaten? Pues todas

LA PRENSA

DIARIO DE LA MAÑANA

POLITICO, LITERARIO Y DE NOTICIAS.

MADRID.

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Para hacer la suscripción, basta dirigir carta certificada con el importe de un trimestre al administrador de La Prensa. También se hacen por medio de los corresponsales de este periódico, que lo son los de la Biblioteca selecta de autores españoles, y en las principales librerías de España.

Redacción y administración de LA PRENSA: Calle de Jacometrezo, números 7 y 9, principal.

AÑO SEGUNDO.—NÚMERO 364.

estas son infracciones terminantes de la Constitución.

Por consiguiente, el Sr. Romero Giron debió tener en cuenta que el duque de la Torre obraba, no con arreglo a los principios de la jurisprudencia, sino en virtud de atribuciones que en nada puede mermar la Constitución del Estado; porque un pueblo que estos escrúpulos tuviera, no podría hacer la guerra con nadie.

El art. 3.º ha sido objeto de otro de los cargos que nos ha dirigido el Sr. Romero Giron, interpretándole de una manera peregrina y haciéndole decir lo que no dice. Este artículo preocupó a muchas personas, porque se creía cuando se conoció el texto que se imponían tributos, cuando solo se dice en el artículo que las Provincias Vascongadas pagarán los gastos de la guerra, y estos serán por reparto con arreglo a fuero, ley y usos: es decir que el principal del artículo, es la consignación de que se pagarán los gastos por las provincias, y lo adicional es decir cómo deben pagarse. Esto se hizo el año 39 para el convenio de Vergara sin debate alguno, y esto se ha repetido ahora, sin que se prejuzgue por eso ninguna de las cuestiones que llegarán cuando se trate del repartimiento.

Del art. 4.º no quisiera hablar, por más que la crítica que ha hecho el Sr. Romero Giron me obliga a ello. Su señoría se admira de que se conceda en el la gracia de volver al ejército a dos oficiales emigrados, quedando a discreción del Gobierno el destino que debe darse. Esto dicho en la cámara española, que recuerda todavía un convenio celebrado, con menos motivo por personas que figuran hoy en el partido radical, es admirable.

En este convenio, que yo en ninguna manera trato de atacar, se reconocen a los oficiales procedentes del ejército, no solo los grados que en el tenían antes de pasarse a la facción, sino los que ellos se habían dado dentro de las filas carlistas. Lo que hoy se ha hecho es permitir que dos oficiales emigrados volvieran a sus antiguos grados; quedando el Gobierno en completa libertad de utilizar o no sus servicios.

El Sr. Romero Giron se lamenta de que se perdona a dos oficiales y se trate con dureza relativa a los soldados. Lo que del texto se deduce es que el general en jefe perdona a los soldados de una manera absoluta; pero no debe olvidar el Sr. Romero Giron que han sido desertores frente al enemigo, mientras los otros eran antiguos oficiales que al emigrar habían perdido su carácter de tales y volvieron a tomar partido por los carlistas.

Cuando se creyó por la falta de datos que había oficiales del ejército español tan fallos de patriotismo y de dignidad que al frente de los enemigos se habían pasado a ellos, se excitó la opinión de muchas personas imparciales; pero si se hubiera sabido que no comprendía más que a esos dos emigrados, no hubiera habido aquí ni en ninguna parte esa excitación contra el artículo 4.º del convenio.

No sé con qué datos ha dicho S. S. que en la última revista ha habido 300 oficiales que no se han presentado. Para el Gobierno esta es completamente inexacta, y puede asegurar que no hay ninguno otro oficial comprendido en el artículo 4.º más que los citados, y otros dos a quienes se habla dado hace tiempo la licencia absoluta.

El Sr. Romero Giron ha tratado de presentar al duque de la Torre y al Gobierno como amigos tibios, y vacilando este acerca de la conveniencia de sacrificar a su presidente; pero la conducta del Gobierno en esta cuestión ha sido altamente patriótica, leal y digna; hemos evitado con nuestra prudente reserva que algunos diputados dieran un voto prematuro sin conocimiento de causa, para obtener uno de estos dos resultados: o echar una nota sobre la limpia reputación del duque de la Torre, o hacer que después la Cámara tuviera que desdecirse. No una, veinte veces, en igual caso, haríamos lo mismo, en la seguridad de que todos apreciarían nuestra conducta y la nobleza de nuestros sentimientos.

Si el Sr. Romero Giron se ha referido a los vínculos particulares que puedan tener los ministros con el duque de la Torre, a quien se ha querido presentar como ofensor de nuestra conducta, le diré que veinte años de amistad estrecha en todas las vicisitudes de la vida son garantía de la estimación y respeto que profeso al señor duque de la Torre, y de la correspondencia por parte de este, su propio testimonio es el de mayor autoridad en esta materia.

La modestia del señor duque de la Torre me impide hacer un cumplido elogio de S. S.; pero debo rendirle un tributo de consideración y respeto en nombre del ejército y de los voluntarios, por haber concluido una insurrección que empezaba con proporciones más alarmantes que la guerra civil de los siete años. Y la insurrección puede darse por terminada; el Gobierno tiene la satisfacción de anunciar a la Cámara que acaba de recibir la noticia de haberse acogido a indulto las partidas que vagaban por las provincias de Valencia y Castellón; pacificación precursora quizá de la de toda España.

No quiero, repito, hacer un elogio del señor duque de la Torre; pero no puedo pasar por alto dos consideraciones.

El señor duque de la Torre, que es capitán general, que ha sido varias veces presidente del Consejo de ministros, que ha sido Regente del reino, tuvo la abnegación de aceptar un mando que tal vez pareciera pequeño a un mariscal de campo. Este patriotismo y esta modestia son cualidades que nadie puede negar al señor duque de la Torre, y por ellas merece los plácemes de la Cámara.

El señor duque de la Torre, educado en los horrores de una guerra sangrienta, que destruyó y aniquiló nuestra patria, alevosado en medio de las vicisitudes de nuestras discordias intestinas, viene hoy al Congreso a dar cuenta de la conclusión de una guerra civil, que ha terminado como ninguna en el mundo: con un indulto general que anula tanto al que lo da como al que lo recibe; y esto le honra más que venir aquí después de haber devastado las provincias y llevado el luto y el desconsuelo a las familias.

Concluyo, pues, rogando a la Cámara que no tome en consideración la proposición del Sr. Romero Giron, y apruebe la del Sr. Acuña.

El Sr. Sagasta (D. Práxedes). Ya sabía yo, y yo sabía todos los señores diputados, que nuestros compañeros los republicanos eran apasionados e intransigentes; lo que no sabíamos, lo que no podíamos sospechar, es que fueran también unos inocentes. Ya lo ha oído el Congreso, resulta hoy, según esos señores, que los carlistas son unos verdaderos benditos; que aceptaron sin reservas la legalidad revolucionaria, y que habían venido al Congreso prescindiendo por completo de sus antiguas ideas y de sus planes de conspiración. Noticia fresca que nos han aho-

ra los republicanos del Congreso, y que sin embargo no creó fuera de aquí ningún español.

Yo siento que nuestros compañeros los republicanos, a quienes estimo a pesar de todo, den motivo para reír a los carlistas; porque cuando los carlistas han oído al Sr. Abarzuza y al señor Pi y Margall, como se habránrido de sus señorías! ¿Quién ignora, señores, que ese partido tenaz no ha renunciado nunca a sus planes de conspiración y de levantamiento? ¿Quién no sabe que el año pasado no hicieron su sublevación por la disidencia que estalló entre los carlistas nuevos y los cabreristas? ¿Quién no sabe que los que hoy se llaman cabreristas continuaron haciendo sus trabajos y preparando la sublevación para realizarla en aquel mismo año o en el presente?

Pues qué, ¿han ocultado acaso sus trabajos, señores? ¿Si los han hecho a la luz del día, si han celebrado dentro y fuera de España sus juntas de armamento, si han levantado empréstitos, si han hecho todo lo necesario para realizar una sublevación? Sus mismos diarios lo anunciaban a cada paso; y por si esto no bastase, lo reveló también un documento notable en que el titulado Pretendiente reclamaba ante la Europa la honra de mandar la vanguardia del ejército carlista! Pero los republicanos se han propuesto culpar al Gobierno, se han empeñado en achacar todo al ministerio anterior, y con especialidad a su presidente, atribuyendo ese movimiento a violencias y arbitrariedades. Y ahora resulta que los carlistas aman tanto a las instituciones que el país se ha dado, tienen en tanto las libertades conquistadas, que no pueden tolerar que el Gobierno faltara a ellas. ¿Pues si han estado haciendo todo lo que han podido para que llegara ese caso: si no han tenido desde la revolución otros proyectos que los de atacar, los de desprestigiar dentro y fuera de este recinto esas mismas instituciones!

¡Violencias y arbitrariedades! ¿Qué violencias y qué arbitrariedades ha cometido el Gobierno con los carlistas, si no ha empleado con ellos más que clemencia y lenidad? Esta es la tercera vez que se sublevan después de la revolución; y sin embargo, ¿qué ha hecho el Gobierno con esos constantes perturbadores del sosiego público, que tienen preparada una sublevación por año? Dos amnistías han alcanzado en ese breve período, y los mismos amnistiados una y otra vez han salido al campo a la cabeza de sus partidas, para perturbar con ellas un reposo que el país reclama con ansia.

¡Violencias y arbitrariedades! ¿Cuándo? ¿cómo? ¿en qué sentido? Todo el mundo sabe cómo venía preparado la conspiración carlista, que el Gobierno seguía paso a paso, y con tanto mayor dolor cuanto que la veía fomentada por un sentimiento religioso mal entendido. Sin embargo, fácil fué al Gobierno destruir muchos elementos en varias provincias de España; pero ¡ah! que esos contados medios, bastantes, como digo, en muchas provincias, no eran suficientes en las Provincias Vascongadas y Navarra, por su proximidad a la frontera, por la asperza de su suelo y por el fanatismo de la inmensa mayoría de aquellos habitantes, y porque el Gobierno, si allí en otras partes, podía echar mano de medidas preventivas, ni salir de ciertos limitados recursos.

Llegó el mes de Marzo, y como consecuencia, de la coalición, en la cual vieron los carlistas además de un pretexto para sus planes un escudo que defendiera sus movimientos revolucionarios, la conspiración carlista cobró más vigor, camino de mayor pujanza; el Gobierno se creyó en el caso de adoptar algunas disposiciones para debilitar el movimiento, ya que no para evitarlo, pero con esa misma coalición, mal llamada nacional, persistió al Gobierno en el triste caso de cruzarse der batzos, pues cualquiera medida adoptada contra los carlistas se hubiera creído que iba también dirigida contra los republicanos.

Gracias, sin embargo, a las disposiciones del Gobierno, que empleó para adoptarlas una parte de esos 2 millones a que tanto aludís, pudieron der ruirse ciertos elementos con que ahora contaban los carlistas y con que no siempre han contado; porque es menester que se tenga entendido que no ha sido esa sola la conspiración que se ha destruido en su origen.

Pero agotados esos medios del Gobierno, hubo de estallar la sublevación en las Provincias Vascongadas y Navarra; y como no eran grandes las fuerzas de que se podía disponer, trató de compensar esta debilidad enviando al general que ha alcanzado merecidamente las más altas posiciones en el ejército. ¿Y con qué instrucciones se le envió?

Señores, si se tratara de una guerra regular, sería fácil transmitir instrucciones previas y determinadas; pero cuando se trata de una guerra irregular y especialísima; cuando se lucha con un enemigo que era se oculta en valles profundos, ora corona empinadas crestas; cuando se inicia una guerra que depende especialmente de circunstancias locales, no hay medios de dar esas instrucciones, porque dependen de las circunstancias del momento; no cabe hacer otra cosa más que designar un general de confianza, y decirle como le dijo el Gobierno: «a vencer pronto y a todo trance». El general en jefe marchó al punto que ofrecía mayor peligro, que era Navarra, y gracias a sus bien combinadas disposiciones y al denuesto de nuestras tropas y voluntarios, las facciones se desbandaron, y el Pretendiente, huyó cobardemente ante la vista del bizarro general Moriones, al rincón de donde no debió salir jamás, dejando abandonados a los infelices que comprometiera. Pasó luego el general en jefe a Vizcaya, donde con el encuentro que tuvieron las facciones con los valientes de Mendigorria se dispersaron también los facciosos. En tal estado, y en el mismo día en que se inició la crisis ministerial, se recibió noticia de la inteligencia que se había intentado entre la diputación de guerra y el general en jefe; y aquí termina lo que concierne al Gobierno anterior; aquí concluye lo que en este debate más personalmente me concierne.

Pero ya que estoy de pie, diré también muy breves palabras respecto del asunto que nos ocupa. Lo que en él hay que examinar es, primero, si el general en jefe tenía facultades de indulto, y después, si dadas esas facultades ha obrado como convenía a los altos intereses del país. Para mí no ofrece duda el primero de estos dos puntos; no puede siquiera discutirse que el general en jefe de un ejército en guerra tiene derecho para el indulto, sin que su conducta nada tenga que ver poco ni mucho con los indultos de que habla la Constitución del Estado.

Cuando se trata del éxito de la guerra, de resolver con los combates y con las armas la suerte del país, no puede haber otras leyes que las de la guerra, y los encargados de la dirección suprema del ejército pueden hacerlo todo, con tal que esté dentro de las leyes de la guerra, lo mismo que las del honor, son de todos conocidas, aunque en ninguna parte se hallen escritas.

Veamos el segundo punto. Dadas esas facultades, ¿se han empleado ahora como exigían los intereses del país? Cuando el Gobierno vió como empezaba la insurrección, y las pocas fuerzas de que disponía para reprimir la, pensó, como ya he dicho, en el señor duque de la Torre, que aun conociendo lo poco que podía ganar y lo mucho que podía perder, no vació en ponerse al frente de tropas cuyo número apenas correspondía al mando de un brigadier. Quien de esta manera se conduce, quien obra después como lo ha hecho el duque de la Torre, no merece más que respeto y gratitud de sus e ciudadanos, como respeto y admiración merece el indulto de Amoreviti, acto que acaso repugnaria a sus impulsos militares, pero que fué sin duda inspirado por el sentimiento de que lo firmaba un general español y que españoles eran también los combatientes.

Voy a ser franco con el Sr. Abarzuza: si el documento de Amoreviti hubiese venido para mi aprobación tal como está redactado, quizá no le hubiera aprobado; pero después de las explicaciones del señor duque de la Torre, le apruebo con más gusto que si hubiera sido más duro. Dos objetos son en efecto los que deben realizarse con tales convenios: uno, el de terminar la insurrección; otro, el de evitar que se reproduzca el primero, el que más corresponde al general en jefe, conseguido, el segundo pertenece también a los Gobiernos; el duque de la Torre, que va a encargarse ahora del ministerio, procurará que se consiga ese segundo fin; que los deberes de los Gobiernos no pueden eludirse ni aun por los sentimientos magnánimos y generosos que tanto honran al individuo.

Del Gobierno y de nosotros depende que ese partido siempre vencido y nunca resignado, o se resigne o desaparezca; tenga, pues, el Gobierno valor para proponer, y nosotros para aprobar, todas las medidas que tiendan a hacer pesar los sacrificios de la guerra sobre los que periódicamente le promueven; y levantando el espíritu liberal, sobre todo en aquellas provincias, reducir a la impotencia a esos malos españoles, me a cambio de la libertad que España entera les concede, quieren para la España entera el absolutismo, obligándola a inmensos sacrificios.

¡Basta ya! Un país no puede vivir con una sublevación cada año, y cuantas energías medidas adoptó el Gobierno están sobradamente justificadas.

Los Sres. Abarzuza y Sagasta rectificaron.

El Sr. Alonso Martínez: Señores diputados, no pensaba terciar en este debate; pero he pedido la palabra al oír al Sr. Pi y Margall lamentarse de que el general Serrano no tuviera competencia para apreciar hasta qué punto su conducta había estado conforme con la Constitución del Estado, entonces pedí la palabra, porque creí que solo la pasión política puede explicar esta afirmación de su señoría.

Es necesario, señores, precavernos contra las preocupaciones de una escuela, que exajerando unas veces la extensión de los derechos individuales, y discutiendo otras, cuales son las atribuciones del general en campaña, imposibilita la administración del país o compromete la independencia del territorio.

Hay tres estados que es menester distinguir, con arreglo a nuestra legislación: el estado de paz, el de guerra, y un estado intermedio en que impera la ley de orden público, después de votada la suspensión de las garantías individuales. La Constitución es el Código de paz, no el de la guerra ni el del estado intermedio.

En el estado de paz rigen la Constitución y los derechos individuales; entonces no se puede indultar sino por el rey; en el estado intermedio puede haber indulto para generalidad de los rebeldes, pero no se puede indultar a los jefes y oficiales; mas en el estado de guerra, cuando la ley de orden público y la Constitución del Estado no rigen ya, cuando hay una invasión extranjera, o cuando un partido poderoso en España suscita una guerra civil, la cuestión es de fuerza; on hay más que la ley de la necesidad, y el general en jefe tiene facultades omnímodas.

No hace mucho hemos presenciado una lucha formidable entre la primera nación de la raza latina y la primera nación de la raza germánica; imaginados la situación del general Bzaime, teniendo 200.000 franceses a su cargo. ¿Podría esperar en tal situación a que los poderes públicos del país discutieran las condiciones con que se había de aceptar la paz? Eso es absurdo; el derecho de la guerra no está escrito en ninguna Constitución; en tales casos no rige más que el derecho de gentes.

Por consiguiente, señores, quien se equivocaba era el jurisconsulto, y el que acertaba era el que siendo muy diestro en el arte de la guerra, no tenía una gran competencia en las cuestiones legales.

La Constitución del Estado dice que «al rey incúbe declarar la paz o la guerra», por más que después haya de darse cuenta a las Cortes. ¿Qué es, pues, lo que hace un general en jefe cuando concede indulto al enemigo? Pues no hace más que concertar la paz interior; es una manera de restablecer el orden público en el país. Si no acordamos esta explicación, vendríamos a parar a las consecuencias más absurdas.

Un general en jefe, por ejemplo, necesita echar abajo algunas cosas que estorban a sus baterías. ¿Qué sería necesario según vosotros? Que se suspendieran las operaciones militares y se instruyera un expediente de expropiación por causa de utilidad pública. ¿Es esto admisible, señores diputados? Pues tened en cuenta que si hoy admitís esa doctrina porque se trata de una lucha interior, tendréis que aceptarla mañana tratándose de una guerra extranjera, porque la Constitución no establece diferencia alguna. No digo más. Parece evidente que el general en jefe podrá haber hecho un uso más o menos prudente de las facultades que tenía, pero no ha cometido infracción de la Constitución ni de la ley de orden público.

Aunque no he pedido la palabra con este propósito, voy a decir sin embargo algunas sobre el art. 3.º del bando. Yo creo que ese artículo no hizo más que respetar el statu quo establecido por la ley de 1839, según la cual ofreció la nación respetar los fueros de las Provincias Vascongadas, salva la unidad nacional. Pues bien, el general en jefe no ha alterado esa ley de 1839 que ordenaba también que se procediera al arreglo de los fueros. Por consiguiente, yo creo que el artículo 3.º del convenio no coarta en lo más mínimo las facultades del Gobierno para resolver todas las cuestiones existentes y que puedan suscitarse en lo sucesivo, como las ha resuelto desde 1839 hasta ahora.

Por no abusar de la benevolencia de la Cámara, no contesto a algunas indicaciones que ha hecho el Sr. Pi y Margall acerca de las monarquías hereditarias. Viendo a la guerra civil de los siete años, y a la que ahora se ha producido, parece-me que el Sr. Pi daba más importancia a las

cuestiones dinásticas de la que en sí tenían realmente. ¿Cree S. S. que en los campos de Vergara se terminó una guerra que había tenido por objeto solamente una cuestión dinástica? No; en aquella guerra civil se ventiló una cuestión de principios entre el absolutismo y la libertad; y en la insurrección de ahora ha habido una multitud de causas que todos los señores diputados conocen.

En primer lugar, ha habido una interinidad que ha favorecido las aspiraciones de los partidos, y además hay una causa cuya importancia no es posible desconocer, y consiste en que gran parte del clero está enfrente de las instituciones actuales. Esa hostilidad ha crecido desde que un ministro de Gracia y Justicia levó un proyecto que se llamó de arreglo del clero. Más tarde, hasta se ha explotado una real orden que era una consecuencia de la ley de matrimonio civil, y que ha servido al clero para excitar a las masas. Pues qué, ¿no se puede explicar una insurrección por esas causas? Cuando a pobres campesinos se les dice por aquellos cuya voz oyen con más respeto: «Vuestros hijos son bastardos, vuestras esposas son barraganas, qué mucho que aconsejados por su fanatismo y creyendo que cumplen con un deber se lancen al campo a defender, como ellos dicen, a su Dios? Cuando se sabe dónde está el mal, lo que debe hacerse es poner el remedio. No se trata de sacrificar las libertades públicas; se trata de respetar intereses, ideas y principios tan dignos de respeto como la misma libertad.

No digo más, atendido lo avanzado de la hora, por no molestar más tiempo la atención de la Cámara.

El Sr. Becerra empezó reconociendo el gran sacrificio hecho por el duque de la Torre al aceptar un cargo inferior a su categoría; se extendió luego en consideraciones generales, poniendo en tela de juicio la conveniencia de los fueros de las Provincias Vascongadas, terminando por pedir al Congreso aprobase la proposición de «no há lugar a deliberar».

El Sr. López Domínguez: Señores diputados, siento vuestra impaciencia, y lamento llegar tan tarde a la discusión: he vacilado en pedir la palabra durante mucho tiempo, y no lo he hecho sino después de oír cargos graves que se desprendían a mi entender de ciertas frases, quizás intencionadas, de los Sres. Romero Giron y Pi y Margall, y acaso la hubiera renunciado ahora por lo avanzado de la hora y por el cansancio de la Cámara, si no creyera que en algunas palabras del Sr. Becerra había la misma intención que en las de aquellos señores.

A nadie pasa más que a mí tener que prolongar el debate; pero el Sr. Romero Giron, cuando manifestaba que no quería que hubiera debate sobre el asunto, añadía, entre otras cosas, que autoridades facultativas habían juzgado de tal modo las operaciones de la guerra, que quedaban dudas acerca de lo que allí había pasado. Esto se relaciona con unos artículos publicados en la prensa, en los cuales se ha criticado la campaña, dirigiendo graves cargos al general en jefe y otros generales del ejército del Norte. El Sr. Pi y Margall leía, al hablar de la oportunidad y condiciones del indulto, un párrafo de la alocución que la titulado junta de guerra dirigía a los voluntarios de D. Carlos, y al leerla podía suponerse también que S. S. dudaba si los triunfos que allí se atribuían a las armas carlistas eran ciertos, con detrimento del ejército del Norte; y por último, el Sr. Becerra se explicaba bien quien había solicitado la entrega, la capitulación o el indulto, como comprensible sólo, según S. S., en el caso de una derrota. Ante los graves cargos que de estas frases se desprenden, yo no puedo prescindir de hacer uso de la palabra, aun a riesgo de molestos.

Ya se ha pintado aquí elocuentemente la situación del general en jefe al tomar el mando de las exiguas fuerzas que se podían poner a su disposición. Pero debe tenerse presente que, con pocas o muchas fuerzas, el general llevaba y debía llevar todas las facultades que se necesitan para hacer la guerra, si no ha de exponerse la patria a gravísimos peligros. Yo podría recordaros ahora, señores diputados, lo que decía el año pasado en una discusión fijando las fuerzas del ejército permanente: «no se puede disminuir el ejército tanto como desean las oposiciones, sino en tiempos completamente normales, y esto no lo serán mientras en nuestra desventurada patria haya partidos dispuestos siempre a lanzarse al terreno de las armas». Esta exiguidad del ejército, que lamentaba ya el ilustre y desgraciado general Prim, cuando la habrá lamentado el dignísimo general Zabala, que ha tenido que mandar a las provincias batallones sacados de Ceuta, de las B. deares, del Ferrol, de todas partes!

Se inició, señores diputados, la campaña en Navarra, donde por espíritu religioso, por fanatismo o por otras causas, la insurrección se presentaba formidable; y gracias a las acertadas disposiciones del general en jefe, que dirigía sus pocos batallones sobre el grueso de la facción sin dejarla descansar, en Orreaga el ejército carlista fué vencido, y no hay nadie que pueda dudar que aquel triunfo sofocó la ya grave insurrección navarra, por la rota del Pretendiente. Dejándose al general Moriones ocho batallones y una batería en aquella provincia; y se marchó sobre Vizcaya, donde las facciones se habían concentrado contra Durango y Zornoza, suponiéndose fuertes de 10.000 hombres bien armados, organizados y hasta fortificados.

La facción no esperó en Durango a dos divisiones que se reunieron en Zamárraga y que marcharon combinadamente sobre aquel punto, y fué preciso buscarla en dos columnas, hacia Zornoza una, y otra hacia Mañaria, puntos en que se la suponía. En Mañaria se venció valerosamente, y el ejército carlista, vencido, fatigado y mal racionado, se dirigió a Guipúzcoa, buscando un punto importante donde al menos encontrar medios de racionarse. Por eso apareció en las cercanías de Obate, donde se encontró con el batallón de Mendigorria, que pertenecía a una facción de 400 a 500 hombres, que tuvo que resistir, como lo hizo heroicamente, el empuje de 5.000 hombres. Con noticia de la situación apurada de aquel batallón, las dos divisiones del ejército del Norte marcharon sobre Obate, y una brigada del general Moriones, tan a tiempo, que el enemigo se vió envuelto por Alsua, Obate, Mondragon y Arechavaleta, teniendo que aprovechar la oscuridad de la noche, sin raciones, por senderos casi intransitables, para hacer una marcha de diez y nueve horas y caer en los desfiladeros que conducen al valle de Orozco en Vizcaya. Entonces empezó la demoralización y las presentaciones a indulto. El general en jefe ordenó a sus tropas contramarchar a Vizcaya, unas por Alava y otras por Guipúzcoa, situándolas de modo que podía bair y desorganizar a la facción con toda seguridad; y en este momento se presentaron esos señores que algunos han querido

ANCHA BANDERA.

Pasada ya la efervescencia que en los últimos días de la revolución de Setiembre, y más tranquila y normal ya la marcha de la política, fácil es apuntar desde luego algunas indicaciones sobre la futura conducta que los hombres de la situación deben adoptar para que los esfuerzos y los sacrificios hechos por consolidar la legalidad existente, produzcan los resultados provechosos por todos apetecidos.

Nada perturba hoy la perfecta armonía que siempre debe existir entre los elementos que constituyen la mayoría de la Cámara y aceptado, como no podía menos suceder, el programa político del Gabinete del Sr. Sagasta, por el que actualmente preside el duque de la Torre, ningún motivo de disidencia puede surgir en el seno de dicha mayoría, ni por razones de tendencias ni por accidentes de conducta.

Insinuábamos el otro día, que a nuestro juicio, y puesto que la última crisis ministerial no ha modificado en nada las aspiraciones unánimes de los hombres de la situación, el Gobierno tenía que continuar la tarea tan patrióticamente iniciada por el Sr. Sagasta de atraer, de asimilar al poderoso núcleo de los hombres que militan en la defensa de la legalidad, todos aquellos elementos que, más bien por rivalidades nunca justificadas entre fracciones que por motivos de principios, pudieran ser arrastrados a una actitud abiertamente hostil a las instituciones revolucionarias.

Si la política de clemencia tratándose de nuestras discordias civiles ha sido aceptada siempre y en ocasión bien reciente por los Gobiernos y por los partidos, no es mucho que tratándose de las diferencias accidentales de los diferentes bandos, un Gobierno de prestigio y de arraigo, como lo es el que hoy dirige los destinos del país, adopte también una política de esquisita prudencia y de poderosa atracción con esa fuerza irresistible que da a los partidos y a los Gobiernos la defensa de una causa patriótica y salvadora para los intereses de la nación.

Las circunstancias, por otra parte, favorecen este propósito, porque contando los poderes con una compacta y numerosa mayoría en ambas Cámaras, y organizado un partido constitucional fuerte por el número, por la causa que sostiene y por la adhesión y el apoyo que la mayoría del país le presta, nada más prudente, ni por otra parte más obvio, que aprovechar las profundas disidencias de nuestros adversarios para volver al buen camino a los hombres que en un momento de alucinación se extraviaron por peligrosas sendas, sin que esto lejos de perturbar nuestra perfecta armonía, pueda producir otro efecto que el de rodear a las instituciones que defendemos de mayor número de servidores leales y sinceros adictos.

Cierto, que a pesar de las profundas disidencias que hemos indicado estos días entre los hombres que se dejaron arrastrar por el despecho, la soberbia y la ambición, los hay tenazmente rebeldes a la voz del patriotismo, pero si es empeño vano aconsejar el buen camino a los contumaces, a los impenitentes, por decirlo así, a los exceptivos incurables, a los descreídos por sistema, no por eso debe de abandonarse a los tibios, a los rezagados, ni dejar de animar la fe y el patriotismo de los que todavía no los han perdido.

Los grandes partidos como el de la actual situación, deben tener desplegada su bandera a todos los horizontes para que en sus pliegues se acojan todos los que de buena fe, con rectitud y sinceridad acepten y reconozcan la causa que representa y la bondad de los principios que en ella van escritos.

PRESUPUESTOS.

Continuando nuestra tarea, vamos a examinar las partidas restantes del presupuesto de ingresos, sintiendo en el alma que el corto espacio de que se puede disponer en las columnas de un periódico para insertar estos trabajos, no nos permita extendernos cuanto hubiéramos de desear.

Tócanos hoy hacer el análisis del impuesto de «Inscripción de los derechos reales», creado en sustitución del de «Traslaciones de dominio». No negaremos la importancia de esta modificación o reforma, cuya base esencial es subordinar la ley fiscal a la civil hipotecaria.

Creado ese impuesto en 1845 con el nombre de «Derecho de hipotecas», produjo pesetas 1.300.000; pero pronto se advirtió las mejoras de que era susceptible y los mayores rendimientos que podía producir: así es que ampliado en 1852 y extendido en 1864 a los bienes muebles y a las sucesiones directas, llegó a recaudarse en 1868-69, 12.400.000 pesetas; y según lo realizado en el año actual, el señor ministro supone que se obtendrá poco menos de la cantidad citada.

No tendremos que esforzarnos en demostrar la justicia y la equidad que supone la reforma de este impuesto y lo acertado del cálculo hecho para realizar la suya que por este concepto se presupuestó.

Para lo primero bastará observar que, existiendo en todos los pueblos civilizados, como

Austria, Francia, Inglaterra y Bélgica, el impuesto sobre las sucesiones directas con el mismo tipo que hoy se establece en España, donde ha estado vigente hasta la revolución de Setiembre; y teniendo en cuenta que, en diferentes circunstancias, hombres de diversos partidos como los Sres. Moret, Ruiz Gómez, Camacho y hoy que lo acepta el señor Elduayen, han estado unánimemente conformes con la adopción de este tributo, no hay para qué insistir en los sanos principios en que se funda, científica y prácticamente considerado.

Por otra parte, al proponer que se gravan las herencias de bienes muebles y valores con iguales derechos que las de los bienes inmuebles, y que se sometan al impuesto la transmisión de valores por contrato o acto judicial y la constitución de hipotecas a responder de préstamos, parecemos que está basado en la más perfecta igualdad.

La Constitución dice que todos estamos obligados a contribuir al sostenimiento de las cargas del Estado, según los haberes de cada uno.

La riqueza hipotecaria constituye un capital inmenso que percibe un interés no despreciable, y que, hasta ahora, se hallaba libre de todo gravamen, mientras que el capital invertido en cualquiera industria o negocio, sin ser tan seguro, sufre el impuesto respectivo.

La equidad de aquel gravamen no puede ser más notoria. Y respecto a las herencias, muebles y demás, creemos que obedece al mismo criterio, puesto que devengando derechos los inmuebles, es justo que los que se hallan en iguales circunstancias sufran los mismos efectos.

Por lo que se refiere al segundo punto de esta cuestión, o sea a la exactitud de la cifra que calcula el ministro ha de recaudarse por este concepto, la explicación no puede ser más sencilla.

Conociéndose, como se conoce, la estadística de la propiedad territorial, el movimiento de la deuda hipotecaria y la importancia de las diferentes transformaciones que sufre la propiedad, ya a título oneroso o gratuito, puede calcularse con bastante exactitud el producto que puede dar la aplicación de las tarifas correspondientes.

Sobre esto no decimos más.

Otro de los ramos que se modifican es el de cédulas de empadronamiento. Creado este tributo recientemente, ni se han tomado las disposiciones necesarias para elevar los ingresos hasta la suma de que son susceptibles, ni, por decirlo así, se ha aclimatado en nuestro país este reparto.

Esto, sin embargo, creemos que con verdadera energía y acertadas medidas, y con el aumento que sufren las cédulas, puede muy bien conseguirse el resultado apetecido. Ciertamente el cobro ofreció algunas dificultades, aunque sólo fueron serias en Madrid; pero no lo es menos que cuando al plantear un impuesto se recauda en el primer año la cantidad calculada, hay derecho a esperar un resultado semejante con su continuación, haciendo las reformas que la experiencia aconseje.

Y en cuanto a la esencia de la cosa, la cédula de vecindad o de empadronamiento, ¿qué es? ¿qué significa? Un distinguido orador y economista lo ha dicho. «La cédula de vecindad, tal como está comprendida, es el recibo de la vida social, es aquella cantidad que todo el mundo debe pagar por el derecho de vivir en la sociedad y con el cual se presenta a reclamar la intervención del poder público».

El cálculo de los rendimientos que puede ofrecer este impuesto, está basado en el censo; y si bien puede sufrir alguna variante, no creemos que sea de gran consideración.

Y por hoy vamos a ocuparnos del último, pero importante y trascendental impuesto. Es el de 10 por 100 de la renta producida por las obligaciones de ferro-carriles, y de recargo en las tarifas de viajeros.

Si alguna medida entraña sacrificios dolorosos, pero necesarios, es seguramente la que se refiere al gravamen que tendrán que soportar los ferro-carriles.

La nación hizo grandes esfuerzos para construirlos, dando leyes especiales y proporcionando recursos con que atender a los inmensos gastos a que tenían que hacer frente las empresas.

Pero pasado algún tiempo y puesta en explotación la gran red de caminos de hierro, sin embargo de ser amantes como el que más de las obras de utilidad pública, entendemos que deben ayudar a conllevar las cargas del Estado, siquiera sea transitoriamente, y por esto mismo, una vez apurados todos los medios para elevar los ingresos sin que puedan nivelarse con los gastos.

Así lo reconoció el Sr. Ruiz Gómez en su proyecto de presupuestos que consignaba el impuesto del 10 por 100 sobre los billetes de los viajeros, que ya antes había existido. Ese gravamen lo hacía extensivo también a las tarifas de mercancías, fundándose en que estaba gravado el movimiento y la circulación por las grandes vías marítimas y fluviales.

El Sr. Camacho ha insistido en el primer extremo, y ha sustituido el segundo con el impuesto sobre la renta de las obligaciones. De lo primero, nada tenemos que decir,

puesto que lo crítico de las circunstancias obliga a exigir un gravamen que había sido suprimido, y que digan lo que quieran, no han de resentirse tan notablemente los ingresos de las compañías.

De peor índole era, indudablemente, el aumento de las tarifas de mercancías, pues es precisamente en donde cabe la competencia.

En cuanto al impuesto del 10 con que se gravan las obligaciones de ferro-carriles, a haber otro medio, nosotros lo hubiéramos preferido. Pero una consideración muy atendible nos obliga a aceptarlo en los actuales momentos. Cuando todos los ramos, todas las rentas y todos los capitales sufren las consecuencias de la crisis financiera que atravesamos, no es justo que haya privilegios. Por otra parte, no tiene razón de ser el argumento que hemos visto en un documento público en que se pide la supresión de ese gravamen; que el capital invertido en esas obligaciones, es en su mayor parte extranjero, y que por lo tanto, no tienen obligación de ayudar al sostenimiento de los gastos del Estado.

No puede tomarse en serio este modo de discurrir, porque en tal caso tendríamos que eximir del pago a la mitad de nuestra industria y comercio, cuyo capital ha sido, es y será extraño a nuestra patria.

Y para terminar, sólo haremos una pregunta: ¿está domiciliada esa deuda en el extranjero?

No queremos insistir más sobre este punto; continuaremos otro día.

CRÓNICA POLITICA.

Ayer ha empezado a notarse en el Congreso la proximidad del estío, pues fue tal al principio de la sesión la falta de diputados al salón, que se estuvo más de media hora sin Poderse celebrar aquella.

Imposible parece que tanto desden causen los intereses de los pueblos a los que se encuentran investidos con su representación, y que tantas ofertas se hagan cuando se van a solicitar sus sufragios.

Si ahora que empieza la discusión de los presupuestos, asunto tan vital para el país, se empiezan también a hostiar los diputados de sus *arduas e insufribles* tareas, medrados van a quedar los pueblos con el celo de sus mandatarios.

Nosotros, que anteponeamos a toda mira mezquina los intereses generales, nos atrevemos a rogar a los señores diputados que, abandonando la inercia de que empiezan a inocularse, se dediquen con asiduidad a examinar la situación del país y a tratar de mejorarla en cuanto sea posible, cumpliendo así con su elevada misión.

El *Parcialista* sueña con la trasferencia que tuvo necesidad de hacer el Gabinete del Sr. Sagasta, y nosotros soñamos:

- 1.º Con los empréstitos hechos de *ocultis* por el radical Figuerola.
- 2.º Con la liquidación de la Caja de Depósitos, hecha por el radical Figuerola.
- 3.º Con los préstamos obtenidos por el radical Figuerola con la garantía de las minas del Estado.
- 4.º Con los contratos del tabaco que *ma-rearon* al radical Sr. Moret.
- 5.º Con las alfombras que se perdieron en la comisaría en la época del radical Rodríguez.
- 6.º Con el régio donativo que causó sobre diez mil disgustos al radical Rojo Arias.
- 7.º Con lo que habrá costado al Tesoro el estudio que *debió hacer* el radical Pellón y Rodríguez.
- 8.º Con lo que habrá ganado el radical Fernandez de las Cuevas en la compra de los pinares de Balsain.

En fin, sería la mar... si fuésemos a decir con cuántas cosas soñamos en que danzan *cimbrio-radicales* de más ó menos talla.

Se conoce que *La Política* toca en la decrepitud, porque no deja ni un solo día de dirigir sus tiros a la fracción jeyén que, procedente de la unión liberal, forma parte del gran partido constitucional.

Estos son achaques de viejos que deben perdonarse al colega de la calle de San Miguel.

El periódico *L'Espagne Nouvelle* se lamenta de que los soldados españoles inutilizados en acción de guerra no tienen un asilo ni una pensión que les ponga a cubierto de la miseria.

Como el colega es francés, no es extraño que ignore la existencia del cuartel de Inválidos, que da honroso asilo a los soldados que se inutilizan en defensa de la patria.

Procure el colega enterarse de las cosas de España, y no hable a tientas y a locas.

El *Gambús*, vuelve a ocuparse de los sucesos de España; sus noticias unas veces son favorables a los carlistas y otras a los alfonsinos.

Días pasados, en el gran café de París, se encontraba un español leyendo el famoso periódico, cuando un francés que estaba a su lado, le llamó la atención sobre un artículo

lamar el Gobierno de D. Carlos, a saber las condiciones con que podrían acogerse a los indultos que ya se habían publicado en Estella y Vitoria por bandos, sin que nadie hubiera dicho ni en la prensa se hubiera estampado el que se fallaba a la Constitución.

«Era conveniente», preguntaba el Sr. Becerra, «hacer en esas condiciones el tratado ó conceder el indulto? En primer lugar, es conveniente siempre en un país civilizado evitar la efusión de sangre y terminar una guerra civil; pues aunque dada la situación de nuestras tropas y su espíritu, así como la del enemigo, hubiéramos de vencerle, era conveniente evitar que las fuerzas que pudieran escapar de la derrota se refugiase en las peñas y desfiladeros de aquel accidentado terreno, con lo cual se podía prolongar por mucho tiempo una campaña de guerrillas que sufría a la nación en las funestas consecuencias de la guerra civil».

Se extrañaba el Sr. Pi que durante las negociaciones no se consultara al Gobierno. Sepa S. S. que cuando el 23 por la noche se acercaban a aquellos señores a pedir el indulto, se recibió un telegrama cifrado anunciando la crisis del ministerio, y que el monarca llamaba a conferencia al señor general en jefe a Bilbao, en la estación telegráfica. El 24, pues, se redactó en las primeras horas de la mañana ese documento, cuya redacción se encuentra tan imperfecta porque urgía aprovechar los instantes, y si no tenía éxito, afectar las paralizadas operaciones. ¿Qué importancia tenía, por otra parte, la mejor ó peor redacción del documento en cuestión, después de las explicaciones dadas aquí por el señor duque de la Torre?

«Creo que con estas explicaciones comprenderá el Congreso las circunstancias en que se ha convalidado ese indulto, y que de hoy en adelante no quedará duda de que el ejército hubiera vencido sin duda alguna. Yo roto a los que quieren extrañar esta cuestión, al terreno en que quieren ellos tratarla, seguro de demostrar que ningún ejército hubiera podido hacer más de lo que se ha hecho en el Norte por la acertada dirección del general en jefe, porque la gloria de la campaña es exclusivamente suya; yo no tengo en aquellos hechos más parte, como jefe de Estado Mayor, que la de ser el que comunicaba las órdenes y daba las disposiciones para la ejecución de los planes del general en jefe; la gloria es toda suya; que mi responsabilidad podía empezar si no tenía éxito alguna operación, yo seguramente la habría consistido en alguna falta u omisión en mis espasmosos deberes; por eso puedo, Sres. diputados, elevar las operaciones del ejército del Norte, y a este ejército que puede servir de modelo a los bien organizados, a pesar de sus pocos soldados y de lo mucho que hay que recoger en nuestra organización militar. Aquel ejército, señores, se ha inspirado en el sentimiento de la patria para llenar cumplidamente sus deberes, y vencedor siempre, siempre digno y disciplinado, honra a la nación y debe enorgullecerse».

Voy a concluir, porque siento que no me deja hablar la presión del tiempo y vuestra justa impaciencia, y me concreto a contestar a otro cargo que se ha hecho al ejército del Norte, diciéndose que había recibido con disgusto el indulto de Amorevita. No, y mil veces no; allí, si hubo sentimiento, yo lo tuve, ahora mismo lo tengo, por no llegar a encontrar al enemigo todas y cada una de las divisiones del ejército, pues todas rivalizaban en deseos de pelear por la patria; pero todo interés de noble ambición se posponía allí, entre aquellos valientes y pundonorosos jefes y soldados, al interés de la nación, que todo lo ganaba con la terminación de una desastrosa guerra civil.

Concluyo, señores diputados, rogando me dispenséis si yo no me hago cargo de otros argumentos del Sr. Becerra, que en mi concepto contestó el Sr. Alonso Martínez, y dándoles gracias por la benevolencia con que os habéis servido escucharme.

Procediéndose a votar nominalmente la proposición, fué aprobada por 140 votos contra 22.

LA PRENSA.

MADRID 6 DE JUNIO DE 1872.

CRÓNICA PARLAMENTARIA.

CONGRESO.

Comienza, con el calor propio de la estación, a ser escaso el número de diputados que concurren con puntualidad a las sesiones, y de esto fué buena prueba la de ayer, en que para abrirla tuvo necesidad la presidencia de esperar un buen rato, y aun así hubo precisión de tomar nota de los asistentes, siendo esto una especie de lista propia de las universidades en que puede disculparse la negligencia de los escolares, pero impropia, del augusto templo de las leyes, porque parece que los legisladores del país habrían de saber cumplir con sus deberes con mayor asiduidad, con más constancia y mejor acierto.

Rendidos, por fin, a fuerza de pasar la campanilla por los pasillos y salones de conferencias, el número suficiente de diputados abrió la sesión, y comenzó la cotidiana serie de preguntas que ocupó casi una mitad de ella.

Terminadas estas, se entró en la orden del día, continuando la discusión pendiente sobre la enmienda del Sr. Becerra.

Cuatro notables discursos se han pronunciado, y ellos son la síntesis completa de la política actual.

Los radicales, Sres. Ruiz Gómez y Becerra, han patentizado la división que en su partido existe, las dos tendencias distintas que en él se dibujan y que continuamente le combaten; que acabarán por destruirle.

Así hemos visto que a la vez que el señor Becerra quería subordinar todo a su antiguo ideal republicano, el Sr. Ruiz Gómez, más consecuente en sus principios, mostrábase en parte arrependido de su conducta, conducta, que como dijo perfectamente el señor Elduayen, fué obligada por la situación especial en que se hallaba el Sr. Ruiz Gómez, al definirse la división del partido revolucionario.

La segunda parte de su discurso nos pareció perfectamente lógica. ¿Qué extraño es que S. S. hiciera la apología del Gabinete presidido por el Sr. Ruiz Zorrilla, cuando de él formaba parte? ¿Qué extraño que quisiera ornar de laureles su gestión económica en aquel Gabinete, si bien estos laureles no fueran por el rigurosamente conquistados? Todos estos son desahogos que hasta con buena

fé se habrá permitido el diputado por Asturias. Pero si esto es natural, no lo es en rigor que, sólo del club de las Carretas, se permita disentir de la opinión de sus correligionarios, y esto sólo se explica, porque su hidalguía y especiales condiciones de carácter, talento é ilustración, le hacen desentonar el cuadro cimbrio.

El Sr. Becerra quiso, sin duda escandalizado por las explicaciones un tanto conservadoras de su correligionario, acentuar más sus palabras, y para lograrlo, hacia con frecuencia alusiones harto transparentes a elevadas personas que se hallan fuera del alcance de sus tiros.

Quiso también sostener una especie de pugilato con el Sr. Sagasta sobre la significación de la palabra *radical* y la tendencia de este partido; pero el presidente del anterior Consejo de ministros dejóle escarmentado, probándole que, si puede ser fuerte en demostraciones matemáticas, de que tanto se jactaba, tiene poca fuerza en sus lógicas deducciones.

Elocuente como siempre, cáustico é intencionado estuvo el Sr. Sagasta rebatiendo victoriosamente con incontrovertibles argumentos, con elegante y robusta frase, todos y cada uno de los expuestos por el Sr. Becerra, explicando muchas de sus alusiones, y presentando otros hechos, que no por ser nuevos para la generalidad de las gentes, dejan de dar realce a la cimbria.

Y por si a esta le parecieran aun pequeñas las acusaciones contra ella lanzadas, cuya verdad se demostró cumplidamente, el señor Elduayen, con reposado acento y viril entereza, presentó nuevos hechos, desarrolló diversos argumentos, que como maza de Fraga caían sobre la gente cimbria, que se espantaba de sí misma.

La escuela economista, esa falanja de ambiciosos, que sin un credo político fijo, sin un punto determinado a donde dirigir su vista, todo lo combaten y quieren destruirlo todo, para asentar sobre ruinas su bandera, fué por el tan justa como energicamente atacada.

Probo, no sólo con argumentos convincentes, sino con la autoridad de los hechos, que esa escuela que comenzó a desquiciarla Hacienda a raíz de la revolución, que más tarde exigía carteras por discursos, que después contrataba con el Banco de París en las tinieblas de la noche, que luego favorecía el águila en algunas contratas, ha sido la causa de nuestra actual decadencia, que todo lo ha combatido y halagado todo, que ha vendido, no sólo sus principios, sino hasta la conciencia de sus hombres, que es como la yedra, se ha enroscado en el árbol santo de las libertades, y ora protegiendo el filibusterismo, ora inspirando al partido cimbrio, supedita todo a su ambición y sed de mando.

Ojalá que esta advertencia noble y leal, que esta franqueza del ministro de Hacienda, sea bien comprendida, y los que hoy se ven influidos por la escuela economista, se separen de ella, temiendo su pernicioso influjo.

SENADO.

A las dos y media se abrió la sesión, ocupando la presidencia el Sr. Santa Cruz, y acto seguido se aprobó el acta de la anterior.

También se aprobaron sin discusión al entrar en la orden del día los dictámenes de la comisión de actas de Puerto-Rico, Cuenca y Salamanca, siendo proclamados senadores los Sres. Tirado, Echagüe, Messina, marqués de Valdeguerrero y Tabernero.

Continuó discutiéndose la proposición del Sr. Montejó, y el general Córdova hizo uso de la palabra en contra.

Como el general radical (?) había meditado su discurso, pronunció un exordio en elogio de las prendas militares del duque de la Torre, de la bravura de los soldados del ejército del Norte y de los reconocidos servicios prestados por el general Zavala como ministro de la Guerra; pero el general Córdova tenía contraído un compromiso de partido y debía dar al olvido el convenio que hizo *in illo tempore* con los trabucaires de Cataluña, a fin de poder atacar tan inconveniente y rudamente como lo hizo el convenio de Amorevita, que por fortuna para el país no ha sido inspirado ni redactado por un hombre de la talla política y militar del Sr. Córdova, que por sus afinidades con el partido cimbrio, mejor dicho, por las consideraciones y respetos que se ve precisado a guardar a ese partido, se hubiera visto precisado también a dejarse guiar por los malos espíritus por que se dejó guiar é imponer en la esfera política el señor Ruiz Zorrilla, con menoscabo de su buena opinión y fama.

Por lo demás, la paz con que brindó el general Córdova a los trabucaires de Cataluña, a quienes hizo tan vergonzosas concesiones, despojó ayer a sus palabras de autoridad en el Senado. Porque si el Sr. Córdova ha olvidado esa paz humillante, los senadores no la han olvidado, y el país la recuerda también con grave daño para el impugnador del convenio de Amorevita, señor general Córdova.

Después de todo, comprendemos que alguien había de representar en el Senado a la oposición cimbria, y no envidiamos la fortuna del Sr. Córdova a quien tan alta y merceda honra ha cabido ayer.

firmado con las iniciales A. V. M. y le dijo: el firmante de ese artículo es un español, llamado Angel Vallejo Miranda. A lo que le contestó nuestro campañero:—Perdone V.: antes así se llamaba, hoy sus iniciales dicen: *Aquí Vico Mercedando*.

Asegurábase anoche que el Sr. Ayala no entraría en el ministerio de Ultramar, pues su dolencia le obliga a ir a tomar las aguas de Ems y a residir después en Andalucía durante algún tiempo.

Dada la imposibilidad de que el Sr. Ayala ocupe en el ministerio el puesto para que tan acertadamente fuera designado, suponemos que en breve será sustituido por persona digna y competente en los asuntos de Ultramar, a fin de que sin levantar mano resuelva cuanto antes la cuestión económica ultramarina, cuya importancia y perentoriedad no pueden ponerse en duda siquiera.

El incoloro periódico que se publica en la plaza de Matute, continúa dirigiendo amenazas, porque los cimbríos están cada día más lejos del poder.

No se precipite el buzón cimbrío, que tendrá tiempo más que suficiente para desahogar el despecho que le consume.

La *Revolución Social* anunció hace tres días a voz en grito por las calles de Madrid, a muerte del general Moriones.

En efecto; el valiente general se encuentra en Pamplona prestando importantes servicios a la causa de la libertad y el orden.

Un diario radical tiene la imprudencia de dirigir un cargo al duque de la Torre, porque en su discurso no dedicó una sola frase al ejército de operaciones.

El mismo periódico publica también el extracto de la sesión, en que aparece el entusiasmo elogio que el general en jefe hizo en el referido discurso de todas las clases que había tenido a sus órdenes.

Excusamos todo comentario.

Uno de los literatos más eminentes sin disputa de España, persona doctísima y de relevantes condiciones, antiguo catedrático de literatura española en la universidad de Zaragoza, rector de la misma, académico correspondiente de la de la lengua, autor de varias aplaudidas obras dramáticas, comentarista discreto de *El Quijote* y del *Gil Blas de Santillana*, crítico del teatro antiguo español, el Sr. D. Jerónimo Boroa, en fin, cuya firma ha aparecido con frecuencia en *La América* y otras revistas al pie de notables artículos, ha sido propuesto en el Consejo de ayer tarde para la dirección de Instrucción pública, que por renuncia deja vacante el Sr. Valera.

Y a pesar de todos estos méritos y de que el nombre del Sr. Boroa es altamente respetado en los círculos literarios de Madrid, *El Universal* ni lo conoce ni le juzga con títulos bastantes para ocupar el cargo.

Notoria injusticia é irritante parcialidad es decir, como el colega asegura, que el señor Rosas deba al favor de los hombres de la situación un puesto a que es acreedor por sus profundos estudios, por su larga y brillante carrera, y por sus condiciones especiales, pues aunque antiguo y decidido liberal, afiliado siempre en el partido progresista, el Sr. Boroa ha vivido completamente alejado de las luchas políticas.

Es verdaderamente triste que la pasión de partido no sepa respetar a hombres de tantos merecimientos y de tan brillantes títulos como los que reúne el ilustrado rector de la universidad de Zaragoza.

Los diarios carlistas continúan propagando los rumores más absurdos acerca de la facción.

Lástima nos da ver a esos periódicos levantando el voz a un muerto, espíritu de las huestes del Tercio.

No saben que apenas queda un faccioso armado en las Provincias Vascongadas y Navarra, y que es falso lo que dicen de Cataluña?

Los que no han tenido valor para salir a batirse al campo, insultan de un modo indigno a sus correligionarios, arrojando más víctimas al monstruo de nuestras discordias civiles.

En la reunión que anoche han celebrado los cimbrío-radicales se ratificó el nombramiento de la junta directiva que se designó en la celebrada en casa del conde de *consecuente liberal* marqués de Mendigorría, ampliándola con siete individuos más, con el fin de dejar satisfecho el deseo que tenían muchos de figurar en primer término en las huestes de que ahora es gran jaleador y jefe de pelea el imberbe Mefistófeles.

No sabemos si a *El Universal* agradará el acuerdo, pues en su número de anoche decía que el nombramiento que se hiciera en la nueva reunión carecía de autoridad y prestigio.

La ilustrada *Gaceta Internacional*, que ve la luz pública en Bruselas, dedica, en justo desagravio de España, la siguiente fraternal a la prensa francesa.

Hé aquí lo que dice:

«Aprovechando la ocasión de hablar de la insurrección carlista, la frívola prensa francesa ha tratado a España con la injusticia que tiene de costumbre. Se dice que entre Italia y Prusia hay alianza, y en odio a la primera, el venal periodismo de París ha pintado como triunfos las derrotas del Pretendiente, no escaseando las mentiras y las sátiras contra la dinastía de Saboya.

Antes de la guerra, M. Emilio de Girardin escribía en *La Liberté*, que era preciso, dando de culatazos a los prusianos, arrojarlos del Rhin y tremolar la bandera tricolor en la metrópoli de Prusia. ¿Qué hubo de cierto en estas gasconadas? Que cuatro hulanos entraron en poblaciones francesas de 30.000 habitantes, les impusieron contribuciones, les dieron de latigazos y se marcharon con el botín sin que les saliera al paso un solo opositor.

Los soldados, temblando de miedo, han huido despavoridos, no ya ante los ejércitos, sino ante los cascos alemanes; los generales, en su totalidad, han sido inhábiles y débiles; han afirmado una paz ignominiosa; la nación siente hoy en el cuello el tacón de la bota de Guillermo y en el rostro las bofetadas, harto merecidas, de Bismarck. No hay desquite posible. La humillación dura y durará mucho tiempo. Francia no puede lavar la mancha sino con sangre, y Francia tiene por sangre, con rarísimas excepciones, el agua turbia del Sena.

Cuando los franceses invadieron a España, los derrotamos en cien y cien combates; acampamos nuestros hisonios soldados en Bayona; Francia, con sus veteranos de Jena y de Marengo, tuvo, por premio de su intrusión en la península, los tesoros artísticos que robó de los museos y conventos españoles. Si volviera a penetrar en nuestro territorio, volveríamos a despedazarla, que, desde Roncesvalles hasta Bailén, no hemos tenido nunca más que hierro y corazon para ese pueblo frívolo, charlatan, epicúreo.

Amadeo, es un príncipe bravo, esta sola cualidad le hace simpático al indomito, al invicto coraje español; Amadeo es un honrado, y sólo porque los franceses lo maltratan en sus periódicos, sería lo suficiente para que si llegara el caso, hiciéramos que su caballo abrevara en el Sena. D. Carlos, el favorito ahora de la prensa parisiense, es necio é ingrato. Rada, obedeciéndole, alzó por él la bandera de la guerra civil. Pues apenas pisó D. Carlos una pulgada de tierra española, en Vera, le destituyó, pagando sus varoniles esfuerzos con la negra perfidia que le inspiran su terquedad, su ignorancia.

Siga la prensa francesa incensando a su ídolo, que sus derrotas darán pronto testimonio de lo que valen los elogios, generalmente venales, de periodistas que tienen a su dios en el bolsillo.

Haciendo coro a un periódico radical que se divierte en escribir sueltitos antidisféticos, copia *La Epoca*, con fruición, las líneas que dedica al examen de lo que han satisfecho por derecho de timbre los periódicos radicales y los afectos al Gobierno.

El órgano de doña Isabel, al insertar los comentarios del diario cimbrío, no observa que puede aplicárselos, pues no es poca la diferencia que existe entre lo que han satisfecho los dos periódicos alfonosinos en el mes de Marzo, y lo que han pagado en Abril. *La Epoca* ha satisfecho en este último mes 359 pesetas menos que en el anterior, y *El Tiempo*, en la misma fecha, ha desembolsado 232 pesetas menos, que forma un total de 591.

¡Habremos de esforzarnos para demostrar que la causa moderada está en baja!

Tenemos entendido que varios individuos de la mayoría piensan dar un banquete al señor duque de la Torre por haber cortado en su origen la guerra civil que nos amenazaba, y al Gabinete que presidió el Sr. Sagasta, que fue quien propuso a S. M. el nombramiento del general Serrano para el mando en jefe del ejército del Norte.

Este obsequio será una prueba más de los lazos de unión que existen entre todos los individuos que hoy forman la mayoría constitucional, cuyas aspiraciones van encaminadas a consolidar en nuestro país la libertad, el orden y la dinastía.

No dejamos de pensar un momento en el hallazgo que han tenido los cimbríos con el ingenioso cuanto descrito poeta D. Ventura. Cansados de apelar a toda clase de amañíos é intrigas en la prosa política, han recurrido al verso, novedad que estaba llamada a introducir en la literatura político-cimbría el Sr. Ruiz Aguilera, liberal a toda prueba desde que salió triunfante la revolución de Setiembre.

Pero es lo cierto, que el hijo de las nueve hermanas, ha dado el gran camello a sus modernos correligionarios los cimbríos, publicando en *El Porfidolet* una elegía compuesta en 1868, dedicada a doña Isabel de Borbón é inspirada por Marfori, una de las veces que aquella señora le retiró sus favores.

Lo comprendemos. Marfori inspiró bien tanta ingeniosa tontería cuando no disfrutaba los egregios favores, y Ruiz Aguilera dá a conocer el fruto de aquella inspiración cuando no firma la nómina.

Queda, pues, justificada la oportunidad de la poesía de D. Ventura.

El general Córdova, que hizo tratos y convenios en alto grado depresivos para la na-

ción con los trabucaires de Cataluña, se mostró ayer tarde en el Senado juez implacable en las concesiones, mucho menores, que el general Serrano ha dispensado a los vizecainos.

El Senado extrañó sobremanera que el citado general Córdova fuese quien censurara el convenio de Amorevieta.

(Nosotros nada extrañamos, porque el general Córdova aun es amigo de los cimbríos.

En la sesión que anoche celebraron en el Congreso los cimbrío-radicales, se empezó a ver el efecto que ha causado en su partido la retirada del Sr. Zorrilla.

Los amigos más íntimos de aquel, así como los hombres importantes de la procedencia progresista, faltaron al conclave, demostrando así, que alejado de la escena política el jefe del que fue partido radical, quedaban desligados de toda clase de compromisos con los que quieren erigirse en sus dictadores, para conducirlas por un sendero harto peligroso para la libertad, la patria y las instituciones.

Aunque las instituciones, la patria y la libertad son cosas valiosas para el imberbe Mefistófeles, que antepone a todo su desmedida cuanto injustificada ambición, hay radicales que no olvidan los deberes de buenos ciudadanos y el interés que debe inspirar a los verdaderos patrióticos el bienestar de los pueblos, puesto en peligro por los que se hallan dispuestos a seguir una serie de aventuras por el camino del pesimismo.

La Epoca no puede vivir sin hallar nebulosidades en la política del Gobierno.

El diario borbonico, que alguna vez se permite habitar las regiones del delirio, ni siquiera es hábil cuando de tal asunto se ocupa.

Demasiado bien sabe *La Epoca*, porque de labios del Sr. Topete lo ha oído, que la política del actual Gabinete es la del que presidió el Sr. Sagasta, clara, perfecta y vigorosamente, definida en su programa de Gobierno primero, y en sus discursos después.

No fuerce, pues, su ingenio *La Epoca*, ni busque en alambreadas sutilezas fútiles pretextos para lucir su habilidad. El Gobierno practica un programa que todo el mundo conoce, menos el diario alfonosino sin duda; y de su vigorosa iniciativa, y de su enérgica acción, pronto tendrá pruebas palpables el diario de la calle de las Torres.

Cree *La Nación* que el Sr. Becerra ha pronunciado anteayer un notable discurso, al cual el presente decaimiento político ha despojado de la importancia que en realidad tiene.

¡Qué cosas cree *La Nación*!

La musa de Homero pertenece a los tiempos heroicos; la oratoria de Becerra corresponde al bajo imperio, al cual por fortuna no nos han podido hacer llegar los cimbríos todavía, y no queremos recordar, a propósito del Sr. Becerra, aquello de «Para arador te sobran más de cien para arador te faltan más de mil.»

Dice un periódico cimbrío:

«Anunciase la publicación de un manifiesto alfonosino contrario a la alianza de doña Isabel y su esposo. Se trabaja activamente con algunas personas importantes del moderantismo para ver de evitar que el público conozca estas diviciones.»

Hay, pues, dos manifiestos. Uno de los partidarios de la fusión, redactado por el señor Eabí, y otro contrario a la fusión, debido a la pluma del Sr. Estéban Collantes.

Nos parece que con tanto manifiesto y tanto *lo*, la causa de los arrojados en Setiembre, no se levantará un palmo del lodo en que cayó.

NOTICIAS DE LA FACCIÓN.

El *Diario de Barcelona* publica la siguiente carta:

«Prats de Lluçanés 1.º de Junio.—A la calma y a la tranquilidad de estos últimos días y que nos hacían pensar que estábamos ya en un tiempo normal, ha sucedido otra vez el movimiento y la agitación.

Anteayer se supo por diferentes conductos que se habían reunido a dos leguas de esta villa todas las facciones de Castell, Gálcerán, de Camps y de Morlans, que desde principios de la sublevación recorren estas tierras, haciéndose ascender por algunos a setecientos los hombres concentrados a las órdenes de Castell, mientras que otros suponían que solo llegaban a trescientos cincuenta.

Estas fuerzas permanecieron muy tranquilas y sosegadamente en un mismo punto todo el día y noche del jueves, haciéndose aquí mil comentarios diferentes ante esa concentración a tan poca distancia de una población importante como esta. Se dijo que Castell había enviado como ceba una pequeña partida a la vista de una columna para que esta cayese en una emboscada, de la que no habría escapado ni un soldado. Se dijo que esta reunión magna no tenía otro objeto que tratar los cabeceas de disolver sus huestes, ó presentándose al indulto, ó desapareciendo ellos bruscamente. Se dijo también que intentaban un golpe de mano contra esta población... pero ayer mañana llegaron dos columnas, la del Sr. Mola y Martínez, y poco después la del brigadier Franch, sin que se hubiese realizado ninguna de aquellas conjeturas.

Dícese, por último ahora, que con los movi-

mientos bien combinados de circunvalación que han emprendido diferentes fuerzas del ejército, se obligará a Castell a aceptar batalla ó disolver su partida para no volver a aparecer.

Los 48 prisioneros hechos en la acción de Ofite al batallón cazadores de Mendigorría han vuelto a ingresar en sus filas a consecuencia de haberse acogido al indulto la facción en cuyo poder cayeron.

La *Gaceta* publica las siguientes noticias:

«Provincias Vascongadas y Navarra.—El general en jefe desde Estella participa que la facción Carasa, que desde Puento la Reina marchaba hacia Obanos en el día de ayer, iba perseguida por el general Moriones, y que este continuaba su movimiento por Abarzuza en persecución del enemigo, combinando la operación con la brigada Primo de Rivera.

El capitán general de las Provincias desde Santa Cruz de Campezu marcha sobre el valle de Valdelina por si dicha facción Carasa intentase dirigirse hacia Alava.

El segundo cabo del expresado distrito dice desde Vitoria que la facción Velasco se hallaba últimamente en las inmediaciones de Orduña, y que la brigada Tello, dirigiéndose a Murguía é Izarra y operando combinadamente con el batallón cazadores de Basbastro que había marchado a Unza, iba en persecución de dicha facción.

La brigada Zorrilla ha sido destinada a operar también en Alava contra la indicada facción Velasco y la de Varona.

En la mañana de ayer el destacamento de carabineros que salió de Bilbao para proteger los trabajos del ferrocarril, tuvo que retroceder a dicha ciudad por haber encontrado en el puente de Luyando (Alava) interrumpida la vía, y reunidas las facciones alavesas de Velasco y Cuvillas, con las que aquel cambió algunos tiros.

Cataluña.—Según parte del capitán general, ha sido batida en las inmediaciones de Sera la facción Castells por la columna que manda el teniente coronel Muñoz, causándole cinco muertos y varios heridos, entre estos uno que se cree sea cabecilla.

Burgos.—En este distrito no se da cuenta de otra novedad que la de haberse acogido al indulto 22 individuos.

Castilla la Vieja.—El gobernador militar de Oviedo participa que los cazadores de Reus, mandados por su primer jefe, han batido y dispersado completamente en los montes de Valdetanes de aquella provincia la facción Paes, haciéndola tres muertos y varios heridos, cogiendo cuatro prisioneros, siete armas y algunos efectos de guerra. Alcanzados nuevamente esta facción por la Guardia civil, se le hizo un prisionero y algunos heridos, cuyo número se ignora.

Andalucía y Extremadura.—Contra una pequeña partida que se ha levantado en la provincia de Cádiz, y que se aproximaba a los confines de la de Málaga, han salido fuerzas de Ronda y marchado otras hacia Gaucín y Cortes para rechazarla. Se sospecha que esta partida sea republicana.

Castilla la Nueva.—El gobernador militar de Ciudad Real manifiesta que el teniente de la Guardia civil D. Ezequiel Fernández, ha dado alcance a una facción en el sitio de Calabazas, causándole un muerto y cogiendo tres prisioneros, dos caballos, armas y otros pertrechos.

Se han presentado al indulto en Fuente el Fresno al jefe de una de las columnas, tres facciosos procedentes de la partida Bermúdez, verificándoles dos de ellos con armas.

En el resto de la Península, no ocurre novedad.

SECCION DE NOTICIAS.

Desde anteayer se encuentra en Madrid el señor Urquiza, hermano del diputado a guerra del mismo partido y principal negociador del indulto de Amorevieta. Ha venido, según dice un colega, a manifestar que antes que consentir sea juzgada la conducta noble, humanitaria y previsora del general Serrano, la diputación está dispuesta a romper el pacto, renunciando al indulto y entregándose al discreto.

En el consejo de anoche se empezó a abordar la cuestión de gobernadores.

Respecto de las inundaciones en Francia, las noticias de Lyon del domingo de madrugada anuncian que desde Ohselons a Lyon está inundado todo el país hasta Villafraña. En las cercanías de Macon hay varias aldeas rodeadas de agua y se han hundido varias casas. No ha habido que deplorar ningún accidente. De Villafraña a Lyon el Saona corre tranquilo. Las noticias que llegan de los países inundados son tranquilizadoras. Se notaba un descenso general en las aguas.

La empresa del teatro Eslava ha tomado en arriendo los Campos Eliseos, donde se propone presentar espectáculos que seguramente llamarán la atención.

Además, está formando una compañía de zarzuela, que actuará en el teatro Rossini.

Hoy comenzarán en el Congreso las sesiones de noche para dar lugar a la discusión de los presupuestos.

Ayer tarde despachó con S. M. el rey el presidente del Consejo de ministros.

La fuerza de Guardia civil, infantería y carabineros que había en Alcoy, salió anteayer dirigiéndose a Valencia.

Los periódicos de Córdoba dicen que el sábado se dio principio al pago de la mensualidad de Abril a las clases pasivas, que cobran por la Caja de la administración económica de aquella provincia.

Paréceme que el Excmo. señor capitán general de Zaragoza ha puesto a disposición de la «Sociedad Internacional para el socorro de heridos» las camillas, botiquines, etc., que necesite cuando pongan en práctica sus propósitos.

Dícese, por último ahora, que con los movi-

Anteayer salió tropa de Zaragoza, según se dijo, en dirección a Barcelona.

Ayer estuvo a cumplimentar a SS. MM. el señor Moreno Benítez.

Ayer fué aprobado en Consejo de ministros el nombramiento de D. Gerónimo Boroa para la dirección de Instrucción pública.

CÓRTESES.

CONGRESO.

Se abrió la sesión a las dos bajo la presidencia del Sr. Ríos Rosas. Habría unos veinte diputados en el salón.

Se leyó y aprobó el acta de la anterior. El Sr. Boet pidió que se leyera el artículo del reglamento en que se prescribe el número de diputados que han de hallarse presentes para que dé comienzo la sesión.

Dióse lectura al artículo citado, y entraron varios diputados más en el salón; contados los diputados, resultaron ser unos cuarenta y ocho. El presidente dispuso que se hicieran constar sus nombres, y así se verificó resultando del recuento que se hizo haber en el salón 77 diputados, bastando solo 70 para que la discusión pudiera abrirse, se declaró esta abierta.

El Sr. Martos pidió que se trajese un expediente de la Diputación provincial.

El Sr. Soriano reclamó contra la separación de algunos individuos del ayuntamiento de Torrente.

El señor ministro de la Gobernación, contestó que se enteraría de lo que hubiese en el particular y daría cuenta oportunamente de lo que resultase.

El Sr. González Alegre, de la minoría federal, dirigió una excitación al señor ministro de Hacienda para que se atendiese al pago de los haberes de los maestros de escuela y de las clases pasivas de provincias, a la vez que a las que residen en Madrid. Intermediando también el señor ministro de Fomento acerca del cumplimiento de la ley de ferrocarriles, que en concepto de su señoría, no se cumple debidamente.

El señor ministro de Hacienda aseguró al señor González Alegre que se procuraría remediar los males que lamentaba respecto al pago de haberes de los maestros y clases pasivas de provincias.

El señor ministro de Fomento prometió estudiar el asunto relativo al cumplimiento de la ley de ferrocarriles y hacer que la ley se cumpliese.

Rectificó el Sr. González Alegre.

El Sr. Alvarez Taladriz hizo una pregunta al señor ministro de Hacienda, referente a la Deuda en años anteriores.

El Sr. Villarroya leyó una exposición.

Algunos otros señores diputados dirigieron al Gobierno preguntas de escaso interés.

El Congreso acordó que no hubiera sesión por la noche para dar tiempo a las comisiones a ultimar sus dictámenes.

El Sr. Ruiz Gómez hizo uso de la palabra para una alusión personal, defendiendo los actos administrativos y económicos del ministerio radical, y citó en favor de su gestión financiera cuando fué ministro de Hacienda, el alza que habían tenido los valores públicos en la Bolsa y el fomento del comercio de exportación.

El Sr. Sagasta hizo uso de la palabra para contestar a alusiones personales que le dirigiera el Sr. Ruiz Gómez, pronunciando un elocuente y enérgico discurso, para demostrar su consecuencia, dejando no muy bien parada la del ex-ministro de Hacienda radical, Sr. Ruiz Gómez.

El Sr. Sagasta, en un elocuente período de su discurso, manifestó que acaso volverían a su antiguo campo varios de los radicales que se habían separado de él.

El Sr. Ruiz Gómez rectificó, y sin pretenderlo, convino en varios de los puntos tratados por el Sr. Sagasta al ocuparse de la persona del orador.

Rectificaron los Sres. Sagasta y Ruiz Gómez. Siendo pasadas las horas de reglamento, y preguntado al Congreso si se prorrogaba la sesión, se resolvió negativamente, quedando en el uso de la palabra para mañana el Sr. Mansi, levantándose la sesión a las siete y cuarto.

SENADO.

Se abrió a las tres bajo la presidencia del señor Santa Cruz, leyéndose y aprobándose el acta de la anterior.

Fueron aprobadas sin debate las actas de los señores generales Mesina y Echagüe y de los Sres. Tabernero, Fernández Tirado y marqués de Valdeguerrero.

Continuó el debate pendiente sobre la proposición aprobando la conducta del duque de la Torre, como general en jefe del ejército del Norte.

El general Córdova usó de la palabra en contra, empezando por renir un tributo de consideración al general Serrano como militar, y a todo el ejército.

Protestó de que el partido radical no tenía ninguna clase de simpatías por la causa carlista.

En su concepto, todo general en jefe debe estar revestido de las facultades necesarias para atender a la seguridad del ejército y para vencer.

Dijo que, para hacer convenios, un general en jefe necesitaba instrucciones del Gobierno, y preguntó al general Serrano si tenía instrucciones del Gabinete para el convenio de Amorevieta.

Aseguró, que los carlistas no habían contraído ningún compromiso en virtud de aquel tratado para no intentar nuevas insurrecciones.

Censuró la ignorancia en que estaba el Gobierno del convenio de Amorevieta cuando todo el mundo lo sabía.

Dijo, que el Gobierno no había seguido política alguna en la guerra, ni con los carlistas, ni en Cuba.

Al llegar a este punto, el orador pidió que se suspendiera por algún tiempo la sesión a fin de descansar, y así se hizo.

Hizo el orador algunas consideraciones sobre la capitulación de Amorevieta.

Entre otras cosas dijo que los carlistas habían tenido gran empeño en apoderarse de Pamplona, castillo de San Sebastián, Santofía y Cartagena, gestionando activamente al efecto y ofreciendo grandes cantidades de dinero y empleos militares.

Defendió sus actos como ministro de la Guerra, negando que él hubiera desorganizado el ejército, como se había supuesto, y que estaba pronto a justificar su conducta en la discusión y en todos los terrenos.

El orador se extendió en consideraciones sobre el convenio de Amorevieta.

El Sr. Topete rectificó algunos errores en que dijo haber incurrido el Sr. Córdova.

El Sr. Zavala contestó a algunas alusiones del general Córdova; justificó también sus actos como ministro de la Guerra durante la insurrección carlista, y elogió grandemente a los generales Moriones y Letona por su valeroso comportamiento en Oroquieta y Mañaria.

Terminó su discurso elogiando a los directores todos de las armas durante la insurrección carlista, que cree ya terminada afortunadamente.

Después de rectificar el general Córdova, se levantó la sesión a las siete y cinco minutos.

